
A. SANCHEZ TARNIELLA: ALBIZU. IDENTIDAD Y MODERNIDAD

Ediciones Bayoán, San Juan, Puerto Rico. 1991.

Javier Ciordia Mugerza

Estamos ante un libro del que no se han tirado, en ésta, su primera edición, más que mil ejemplares, cuando en realidad se trata de un texto que merece más amplia difusión; un texto para ser leído por toda la "inteligencia" del país. Ello me impele bosquejar, más que una simple reseña, un resumen del mismo, a fin de expandir de algún modo su onda.

Debo señalar, en principio, que no estamos ante una biografía, ni siquiera ante una ideología de Albizu, sino ante una reflexión sobre su conducta, sobre su originalidad y su clarividencia. En este sentido, constituye una meditación reivindicadora de su pensar y de su sentir; una meditación realmente luminosa, al par que dura, que deben sentarse a leer tanto la ultraizquierda del marxismo, como la pseudoizquierda nortificada, pasando, naturalmente, por los adictos confesos de anexión. Es ésta una meditación que se ha escrito, igualmente, sin alardes de erudición, sin nota alguna al pie de página, sin apenas andamiaje externo y sin mayores escrúpulos estilísticos, pero desde cierta "sabiduría" de la historia. Y como tal, como sabiduría de la historia, este libro representa una respuesta tácita, una salida al paso a determinadas corrientes historiográficas que el autor identifica como "los nuevos llamados" o enfoques de la historia isleña que, según él, "se lumpeniza en la medida en que se la sujeta a objetivos particulares, como puede ser la lucha sindical o una ideología política, o cuando se identifica todo con lo cotidiano". (Pág. 57)

El fenómeno de la lumpenización de la historia pasa, sobre todo, por los historiadores que se obstinan en ver el mundo por un sólo "agujero", desde un único punto de vista, sea éste del signo que sea, ignorando todo lo que lo sobrepasa y lo trasciende. Resalta, en particular, dos tendencias igualmente "analfabetizantes" o lumpenizadoras: la interpretación marxista de la historia y la interpretación imperialista

anexionista, ambas, a su juicio "igualmente condenables" (Pág. 71). La primera, porque pretende prescindir del pueblo, para poner en su lugar el sindicato, la lucha obrera, la clase proletaria. Según Sánchez Tarniella,

trazar la historia del movimiento obrero es algo ridículo, si ha de sustituir la historia nacional, y lo es más en el caso nuestro, en donde esta trayectoria del movimiento obrero no tiene mucho de autenticidad. (Pág. 46)

Este punto se opone a las teorías del marxismo-leninismo, porque posponen el concepto de nacionalidad, lo desacreditan y hasta lo niegan, lo cual no hace más que fortalecer la idea anexionista. Para el marxismo, lo puramente patriótico está descalificado y tildado de romanticismo, o de idealismo huero, o de "resabios" de la pequeña burguesía y de la sociedad de clases. La nacionalidad no es, en efecto, un ideal marxista ni se concilia con él, ya que se opone al internacionalismo. Por eso, como anota el autor,

el revolucionario ultraizquierdista pretende estar en la vanguardia cuando su actitud anímica lo aproxima más bien al renegado anexionista, sin las taras de éste. (Pág. 55)

A lo que añade unas líneas más adelante:

En verdad son los marxistas los únicos que hoy por hoy niegan la nacionalidad. (Pág. 55)

Por eso el marxismo ha contribuido tan poco a la liberación del país, punto en el que casi rivaliza con el oscurantismo colonialista de los anexionistas. Para determinar a quién de los dos le corresponde el galardón de la enajenación habrá que esperar al dictamen de la Academia de la Muerte. Desde luego, según Sánchez Tarniella, el

discurso izquierdista, con su quimera de la futura revolución proletaria, con su causa de la clase obrera, con su filosofía del materialismo dialéctico y otros cantos de sirena, "ha venido a terminar fortaleciendo la causa anexionista" (Pág. 146) de los incondicionales del dominador; es decir, la desnacionalización de la Isla.

Tampoco la interpretación imperialista conduce a nada. Mejor, si: conduce al caos. Entre las estrategias de los incondicionales del anexionismo, destaca el autor las siguientes:

1. disfrazarse de independentistas, "para desde aquí lanzar ataques a nuestra base de identidad" (Pág. 36);
2. menospreciar todo esfuerzo emancipador so pretexto de que es lucha burguesa (Pág. 37);
3. difundir el oscurantismo y el miedo;
4. identificar la estadidad con la revolución proletaria y atribuir la defensa de la independencia a la burguesía;
5. declararse independentistas si la causa de la absorción no progresa;
6. dismantelar las instituciones que expresan la autoctonía y la cultura nacional. Estas instituciones, que han surgido de la raíz del pueblo y que representan la resistencia a la absorción--resistencia que nunca se ha producido desde la oficialidad pública--, son, particularmente, el Instituto de Cultura Puertorriqueña, el Colegio de Abogados, la Asociación de Maestros, el Olimpismo, y otros;
7. ensombrecer los auténticos gestos patrióticos y confundirlos;
8. desvincular las generaciones de jóvenes de su verdadera cultura, desacreditando o emborrachando la conciencia de identidad.

Como consecuencia de estas estrategias, se socavan la fe y la confianza del pueblo en sí mismo y se ensaculan las energías de su liberación.

Para el autor, el anexionismo, del cual son cómplices algunos pseudohistoriógrafos, representa un proceso de denegación inconcebible. El punto climático de esta denegación lo constituye el enrolamiento de puertorriqueños "en actividades mercenarias del Ejército y de la Agencia Central de Inteligencia" (Pág. 136). Curiosamente, los Estados Unidos son "el único país en donde el

empleo está asegurado si es en lo relativo a la guerra y al espionaje." (Pág. 132)

El fenómeno de la lumpenización afecta también a la enseñanza, particularmente, a los colegios privados, a los que el autor describe como plataformas o rampas de lanzamiento hacia el Norte, hacia la nortificación, al par que destaca cómo este país es, pese a su alta escolaridad, "uno de los de más pobre cultura". (Pág. 138)

La lumpenización del pensamiento, que no es otra cosa que la comercialización del mismo, ha producido una crisis de identidad nacional y ha fragmentado la conciencia del pueblo. Y, ¡jojo al punto! Para Sánchez Tarniella, las manifestaciones de lumpenización intelectual terminan todas "atacando a Pedreira, Coll y Toste, Cruz Monclova, Albizu, de Diego y demás representantes de nuestra nacionalidad". (Pág. 140)

Mas el caso es que Puerto Rico tiene una historia bastante buena que contar y es, además, un país "con el mayor per cápita de historiógrafos" (Pág. 12). La desgracia está en que no hay historiadores auténticos o, lo que es más triste todavía, en que éstos tienen el peor sentido de la historia". (Pág. 12)

Le ha faltado, pues, a Puerto Rico la defensa de su nacionalidad en dos aspectos básicos: el de la economía y el de su historia. Para una y otra hay, según Sánchez Tarniella, "dos grandes fechas nacionales" desde las que se pueden y se deben explicar ambas: el 12 y el 23 de septiembre; es decir, el día del nacimiento de Albizu y el día del Grito de Lares.

A juicio del autor, "todos los procesos modernos" de Puerto Rico, "se dan a partir del Grito de Lares" (Pág. 43), del que Albizu es el prosecutor. De allí arranca la nacionalidad puertorriqueña, cuya trayectoria, que pasa por la abolición de la esclavitud, la Carta Autonómica y los reclamos de la soberanía, se resume y reasume en don Pedro. Este representa el proceso de continuidad y de renovación, que es el proceso en que se consolida la nacionalidad:

...la autonomía y la soberanía marcan un continuo en donde una se alimenta de la otra en el sentido correcto de los términos. Y en última instancia ambas se nutren del sentido de nacionalidad. (Pág. 44)

Según Sánchez Tarniella es también en estos procesos de continuidad y renovación donde se fragua la cultura, la identidad y la verdadera revolución, "esa que lleva a cada pueblo a producir el máximo y de mayor calidad" (Pág. 39). Porque la nacionalidad se forja desde el trabajo, desde la cultura, desde la ejemplaridad, más que desde los procesos colectivos. Las cuestiones callejeras, los piquetes, y otros no son los mejores parámetros de sensibilidad o de inteligencia social, ni producen los mejores valores de un pueblo. Lo que hace crecer a un pueblo no son sus huelgas, ni los sindicatos, ni los forcejeos desestabilizadores, sino su productividad, su trabajo, su rendimiento constructivo. En ello radica la creación de una sociedad de mérito, y no en el analfabetismo dogmático y abominable de la lucha de clases. Lo que cuenta es la invención, la creación, la organización para el rendimiento, desterrando de las áreas de trabajo la agitación y el dogmatismo, sea éste del signo que sea. Lo realmente triste es la incapacidad para crear, la carencia de iniciativa, la ineficacia.

Sánchez Tarniella postula una nueva interpretación de la historia de Puerto Rico. Los que no admiten el pasado o no lo conocen no tienen agenda para el futuro. Desafortunadamente, la historia la hacen con alguna frecuencia, los que tienen los mejores recursos para la desinformación. Esa nueva historia (literatura, periodismo, educación...) debe llevar al yo, no sólo al ello pantanoso, ni menos al super-yo dominador, ni a la simbiosis entre ambos, como sucede, en su sentir, con el periodismo de hoy--tanto con el vocero de la sangre, como con el vocero de los incondicionales del entreguismo--que emponzoña cualquier verdad que sirva al yo, para confundir al pueblo y arrastrarlo hacia el caos de su claudicación como yo. La técnica de convertir en mala una buena noticia, es decir, la técnica de destruir el principio de nacionalidad y de cohesión se presenta al filo de cualquier acontecimiento que se oriente a hacer de este país un pueblo.

Pero, para llegar al yo, hay que recuperar la historia; hay que reinterpretarla objetiva y científicamente. Albizu lo hizo. Si se examina con este espíritu--objetivo y científico--el siglo

XIX se descubrirá "una sociedad en franca modernización" (Pág. 13), con una economía nacionalizante, es decir, al servicio del país y en proceso de autodesarrollo en todos sus aspectos; no como la que se impuso a partir del 1898. Albizu comprendió que los adelantos obtenidos hasta esa efemérides y que culminaron con la Carta Autonómica, "fueron secuestrados a nuestro pueblo para poner en su lugar el novel libre mercado o cabotaje libre" (Pág. 15). Albizu no proponía ningún retroceso; antes bien, dándose cuenta como ninguno de lo que significó la invasión, se empeñó en recuperar los poderes secuestrados y reivindicar los derechos que acercan a Puerto Rico a un gobierno propio:

Albizu hizo mucho hincapié en que, lejos de un sistema de grandes plantaciones, lo que teníamos antes de la invasión era una gran cantidad de pequeños propietarios. (Pág. 17)

En este sentido, Sánchez Tarniella descalifica la llamada "economía de haciendas y plantaciones", como si en el siglo XIX se hubiese feudalizado aquella, y sostiene, una vez y otra, que no hubo grandes hacendados porque no hubo latifundio (Págs. 47-48). Por esta misma razón descalifica la llamada "economía de la esclavitud" o "fuerza de trabajo esclavista" (que sí la hubo, anota, en las otras Antillas, pero no en Puerto Rico) porque no hubo grandes terratenientes. Lo que sí hubo fueron corsos, canarios, mallorquines, y otros que se esforzaron por aunar pequeñas propiedades en la zona cafetalera, pero no más:

Lo otro, lo del supuesto gran terrateniente es una realidad que suponía una magnitud de capital que aquí no logró echar raíces. Por eso fue tan lento el paso hacia los ingenios centrales; por eso tuvo tan poco auge la trata y la consiguiente esclavitud como forma de trabajo. (Pág. 49)

Según Sánchez Tarniella, cosa que vio con nitidez Albizu, de una economía de autodesarrollo se pasó, a partir de la invasión, a otra de pseudodesarrollo: de subsidio y mantengo; de una fundamental soberanía económica, a una economía de mendicidad, facilitada por los incondicionales del entreguismo. Esto significa que la auténtica

modernidad del siglo XIX fue suplantada por la postmodernidad que trajo consigo la invasión, postmodernidad que hoy se manifiesta en el "consumo ostensible" (Pág. 20) y hasta despilfarro. En este sentido, observa:

La importancia del mensaje albizuista fue alertar la conciencia para recuperarnos de todo aquello y esa fue la bandera de la verdadera modernidad. (Pág. 20)

Esta, la verdadera modernidad se cifra, sobre todo, en el trabajo y en la conciencia de identidad. Y uno y otra--trabajo y conciencia de la identidad--constituyen el principio de nacionalidad, que es el eje de toda la historia:

Las nacionalidades son los verdaderos protagonistas de la historia universal. Ni las clases, ni los ghettos, ni nada que no sea pueblo tiene historia como tal. (Pág. 45)

Sánchez Tarniella entiende, desde este punto de vista, que Albizu es un conductor respetuoso y revolucionarista de la evolución del pueblo, de los logros por él obtenidos, como el de la Constitución Autonómica, en cuanto que revelan el proceso económico-cultural del mismo. Por eso pasa como adalid de la nacionalidad, porque captó y defendió mejor que nadie su proceso evolutivo; ese que va, sobre todo, del Grito de Lares (1868) a la Carta Autonómica (1897). Captó, igualmente, como ninguno, la intervención norteamericana y la desenmascaró, llamándola con su nombre verdadero--ocupación, invasión.., al par que detectó en el Partido Republicano--el partido de los incondicionales del dominador--, el virus de la traición que facilita desde adentro la desintegración del país. En ese particular, parte de las mejoras que se produjeron en Puerto Rico a raíz del 1940 se deriva de la prédica y de la denuncia albizuista; prédica cuyos frutos cosechó el nuevo pacto de Luis Muñoz Marín, como fundador del ELA.

El proceso de desnacionalización va parejo al de la economía del subdesarrollo, esto es, de la economía de los cupones. Esta es la que mata a un pueblo, y no sus deudas para crear infraestructuras--eléctricas, ferroviarias,

acuíferas...--de producción, porque éstas son autoliquidables, ya que posibilitan la productividad, en tanto que los cupones son una estructura de improductividad. En este punto diferencia el autor dos conceptos: el de "crecimiento" y el de "desarrollo". En éste se integra lo económico con lo socio-cultural; en el simple crecimiento, que en Puerto Rico es enajenante, no:

nuestros economistas--observa--siguen hablando de variables, de modelos, de tasas de inversión y de empleo, cuando lo que tenemos ante nosotros no es otra cosa que una política pública divorciada del país y de unas actitudes de trabajo que andan por el suelo. (Pág. 97)

Por eso advierte: "*Debemos dejar claro que el subdesarrollo puede eliminar a un pueblo.*" (Pág. 98)

La economía de crecimiento ha propiciado ciertas actitudes que se podrían definir como lumpenización del pensamiento político-social. Así, a nivel de trabajo, al par de la "desinclinación" por él, ha aparecido el "apego a lo adquisitivo", el afán de hacer dinero rápidamente, las demandas por los aumentos salariales, protagonizadas por líderes de uno y otro bando; demandas que imposibilitan el trabajo para todos, tanto en el sector privado como público:

En un sistema donde hay tanto desempleo se ha creado una especie de santa alianza para insistir en los aumentos y esto ha hecho imposible el desarrollar programas que podrían absorber el desempleo, que es el peor de todos los males. (Pág. 102)

También, a nivel de trabajo, se ha producido una nueva clase media, al par que la inserción creciente y predominante de la mujer en áreas de empleo que antes ocupaba el hombre, razón por la que éste se ha visto relegado al subempleo de las "chiripas" y, en último, a las tareas militares, al ejército norteamericano, lo que representa una crisis de identidad, ya que, según el autor, ejército y crisis de identidad van juntos.

A nivel de capital, el énfasis se ha puesto, más que en la función productiva, en la financiera y, más que en la inversión, en el consumo. Como consecuencia se ha propiciado una economía de subdesarrollo.

La solución a estos problemas se cifra en la implantación de un sistema que responda a "*estos dos reclamos: el específicamente económico del crecimiento y el político de la redistribución, además, claro está, de adelantar en los caminos de la democracia*" (Pág. 81). En este sentido, se señalan algunas estrategias. Una de ellas es la supresión de las asesorías:

Con las economías que se pueden hacer (si se eliminan) se pueden emplear a casi cien mil en múltiples nuevas tareas necesarias que van desde las labores agrarias hasta trabajos en los servicios al pueblo en general. (Pág. 141)

La otra estrategia, más importante, es crear capital, porque crear capital es incrementar la capacidad productiva. En este punto se hace referencia al "excedente" como el factor más dinámico de la economía. Lo que diferencia el capitalismo del socialismo es, precisamente, sostiene Sánchez Tarniella, el uso, la institucionalización del excedente (Págs. 82-83), para cuya efectividad debe repartirse en dos cuotas: una de acumulación, a fin de incrementar el desarrollo; la otra, para su redistribución y participación del sector popular:

...la acumulación no sólo explica la inversión, sino las mejoras tecnológicas y con ello la productividad que a su vez es fuente dinámica de excedente. (Pág. 93); es decir, de redistribución.

Definitivamente, **Albizu. Identidad y Modernidad** es un libro importante. La reflexión se ciñe, en principio a la figura del prócer ponceño y se orienta hacia temas histórico-sociales; pero, a medida que progresa el texto--estructurado en dos partes, una sobre el "legado" del patriota y otra sobre sus "implicaciones"--, deriva hacia el tema específico de la economía, sin perder por ello de vista la posibilidad de la nacionalidad ni la figura de Albizu, en torno a la cual se nuclea. Las últimas páginas sintetizan el

sentir medular del autor, cuya meta se centra en la educación del pueblo; educación cuyo lema no puede ser otro que "el más pleno desarrollo del yo" (Pág. 147). Es decir, una educación "para la libertad, para la civilización verdadera". (Pág. 147)

Ahora bien, esta educación implica dos recuperaciones fundamentales:

1. la del trabajo y sus sentidos. Hay que trabajar.

2. la de la verdadera historia: la de "la historia como expresión del verdadero yo" (Pág. 148), a fin de reconquistar la autoestima y la autoconfianza, para reorientarse hacia la reivindicación de los propios valores. Hay que "reflexionar sobre lo que es nuestro país" (Pág. 148),--observa--o "más bien, sobre lo que ha sido y merece seguir siendo" (Pág. 148). Hay que redescubrir la historia secuestrada por el dominador "y vuelta a condenar por los nuevos forjadores de modelos externos" (Pág. 155), que en el fondo hablan "un lenguaje parecido". (Pág. 156)

Y, al par de esto, hay que reconocer, como punto de partida, que Puerto Rico ha sido un enclave militarista durante tres siglos y que está insertado en el tercer mundo; no en el primero, que es el del capitalismo y que sólo ofrece tecnología; ni en el segundo, que es el del socialismo y que no aporta más que ideología; sino en el tercero, cuyo lenguaje se ajusta a tres binomios de palabras-claves: desarrollo económico, justicia social y política reivindicadora.

La conclusión final lo lleva de nuevo al autor hacia el albizuísmo: "Ni colonos disfrazados de patriotas, ni esclavos en busca de nuevos dominios. Albizuístas, no más". (Pág. 156)

Tal es, en líneas generales, **Albizu. Identidad y Modernidad**: un libro que puede levantar ampollas de resquemor en unos y risotadas de cinismo en otros; pero escrito por un intelectual que se ha dedicado a la radiografía socio-económica de Puerto Rico durante muchos años, como sus estudios sobre el particular lo evidencian.

enero 1992

*Todos los subrayados que aparecen en estas notas son del reseñador del libro, no de su autor.